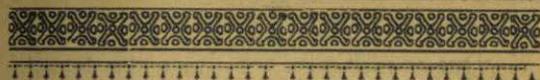


tuviera loco furioso; así lo curaría más pronto.

—Oh! . . . no! . . . exclamó Ivonnette ocultando sus lágrimas y esforzándose en ahogar sus sollozos: ¡no, doctor . . . os lo ruego . . . no lo curéis! . . .



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

La ducha.

(De A. Erhard.)

Una tarde de junio, el señor y la señora Lemadié esperaban tranquilamente la hora de la comida, en el jardín situado á la entrada de su casa.

El señor Lemadié leía un periódico, haciendo de vez en cuando comentarios en voz alta, y su esposa trabajaba tejiendo una especie de tapicería de punto pequeño.

—¿En dónde está Juana? interrogó la Sra. Lemadié, llevando la mano hacia su cesta de costura y sacando de unas madejas una hebra de seda escarlata.

—¿Tu hija? dijo el Sr. Lemadié.

Se volvió sobre su silla y designó con una mirada oblicua una de las extremidades del jardín.

—Mira, agregó, allá está, con el bitoque en la mano, preparándose á regar . . .

No había acabado de hablar, cuando de la calle partió un grito acompañado de un juramento formidable; luego se escucharon las interpelaciones furiosas de una segunda voz.

—¿Qué es eso? dijo el Sr. Lemadié dejando su periódico: ¿qué sucedió?

Se levantó para ir á ver. Un vigoroso toque de timbre dado á su puerta, seguido inmediatamente de otros dos toques retumbantes, le hizo apresurar el paso. Al abrir, se encontró en presencia de dos señores; uno, como de veinticinco años de edad, bastante guapo; el otro, un muy grueso señor, de cara rechoncha y cabellos grises, quien, empapado de la cabeza á los pies, se sacudía vigorosamente con su pañuelo.

El joven tomó la palabra con vehemencia y estalló en reproches exasperados. ¡Inundar á su tío de esa manera! . . . ¡Y como por gusto! . . . ¡En plena cara! . . . ¡Con un chorro de una violencia . . . !

El Sr. Lemadié balbuceaba excusas, movía y removía los pies, daba vueltas entre sus dedos á su sombrero de paja, con aire estúpido, y repetía con voz angustiada, no hallando qué decir:

—Es muy desagradable . . . muy desagradable . . .

Y el joven repetía furioso:

—Verdaderamente, sí, muy desagradable, y más de uno no tomaría la cosa tan pacíficamente como mi tío.....

En una irritación creciente, continuó apostrofando al pobre hombre parado delante de él, mudo, con la mirada extraviada, gritándole que no comprendía que no se hiciera caso de las gentes que pasaban por la calle, que era una indignidad lanzar ese alúd de agua repentina, formidable.

—Calla, dijo el tío.

—No, tío, no me callaré . . . Pero, mirad . . . mirad en qué estado estáis! . . .

El tío, en efecto, presentaba un aspecto lamentable: su cuello postizo no era más que un rodete de tela informe; su corbata de raso negro, atravesada, le subía al cuello; la seda de su sombrero, rayada de anchas cicatrices de

pelo, se erizaba aquí y allí como monstruosas orugas. Su chaleco y su pantalón se le pegaban al cuerpo; chorreaba toda su persona, de las caderas, de los hombros y de los codos.

Juana llegó en esos momentos. Entonces, con tono enfadado, su padre le dijo:

—¡Contempla lo que has hecho, desgraciada!.....

Ella levantó los ojos, con una especie de sonrisa en las extremidades de los labios, cuando de repente se quedó con la boca abierta, inmóvil por el estupor. Su carita era graciosa; simpática toda su personita; con los cabellos en desorden; su talle, esbelto y airoso, veíase cubierto con una especie de chaquetín de linón crudo, adornado con una rama de trompetilla; llevaba recogida su falda, descubriendo dos piescitos de Cenicienta, delicada y elegantemente calzados . . . todo lo cual valió para dejar desarmados al empapado tío y al impetuoso sobrino.

—No os desoléis, señorita, dijo el tío; no todos los días tiene uno el honor de recibir una ducha por una bañadora tan guapa.

La joven se ruborizó; quiso contestar una palabra, pero un irrisistible deseo de reirse se apoderó de su garganta, y para no estallar, escapó corriendo.

El señor Lemadié comenzaba á recobrar el habla, y encontró una frase para expresar su pesar. De repente tuvo la idea de proponer al infortunado sujeto que cambiara de ropa, insistiendo con tanta buena fe y cordialidad, que su ofrecimiento, rechazado al principio, fué finalmente aceptado.

Diez minutos después, el tío Thibaut, completamente seco, un poco estrecho en el vestido prestado, pero reanimado por dos vasos de Marsala, se despedía de la familia Lemadié.

—Apretemos el paso, dijo á su sobrino; tu madre debe estar inquieta.

Sin despegar los labios, anduvieron unos treinta metros. De repente, el tío exclamó:

—¿Sabes en qué pienso? . . . Pues bien: quisiera que te casaras con esa muchacha: es encantadora . . . y el vino del papá muy sabroso.

Marcelo no dijo ni una palabra, y el tío repuso:

—Confiesa que es encantadora y que no te quejarías, ¿eh, muchacho?

—¡Por Dios, tío, qué entusiasmo!..... ¿El agua con que os roció os hace tan fogoso? ¿O el vino del papá?.....

Thibaut iba á responder, cuando, al dar vuelta á la calle, apareció la señora Tilhol, su cuñada, que venía á encontrarlos, ansiosa por su tardanza. Marcelo contó el enojoso incidente, y el tío repuso alegremente que él estaba lejos de enfadarse por eso . . . ¡muy lejos! Al mismo tiempo guiñaba el ojo del lado de su sobrino, sin querer explicarse más.

Llegaron, y se sentaron á la mesa. La ducha les había abierto el apetito devoraron todos los platillos. A los postres, el tío Thibaut—que era un poco vulgar—estuvo muy platicador, muy comunicativo; con los codos sobre la mesa, comenzó á hablar de los Lemadié, y preguntó extensamente sobre ellos á su hermana política. Pero la Sra. Tilhol nada sabía. En Chatou nadie se veía; no *vecineaban*. Recordó haber visto á la joven en su jardín, y dos ó tres veces en el mercado con la mamá y la criada; eso era todo.

Marcelo, excitado, guardaba un mutismo severo, y el tío cambió de conversación. Pero habiendo subido el joven á su recámara á buscar cigarros, el tío, en frases rápidas, cortas, con prontitud, expuso su idea: «Juana, muchacha adorable . . . sus padres, excelentes personas . . . casa, de aspecto acaudalado.» Sin duda, no pretendía obrar á la ligera; se necesitaría primero tomar informes; él se encargaría de esto; y si, como estaba seguro.....

Su sobrino entró con la caja de puros, y el tío ya no siguió; puso un dedo sobre su bo-

ca, en señal de discreción. Casi en el mismo instante, un estornudo formidable hizo retemblar los vidrios de la sala.

—Tío, declaró Marcelo con la mayor sangre fría estáis acatarrado.

—Es muy pos . . .

Un segundo estornudo cortó la palabra al señor Thibaut, quien, hundiéndose en su pañuelo, sofocó otras dos detonaciones nasales. Pero su excelente humor no se alteró; continuó bromeando y fumando. Cuando la criada de los Lemadié le llevó su ropa, metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de cinco francos:

—Tomad, hija mía, para vos . . . Presentaréis mis cumplimientos á vuestros amos; no lo olvidéis.....

A la semana siguiente, M. Thibaut, acompañado de su sobrino, tomó el tren de Chatou. Al pasar por delante de la puerta de los Lemadié, M. Thibaut se detuvo de repente y tocó con mano firme. A un movimiento que hizo Marcelo, se volvió hacia él, diciéndole:

—Si no te agrada, hijo mío, puedes continuar tu camino. Yo tú comprendes.. .. debo una visita de gracias.

—Por vuestro catarro.....?

—Perfectamente, articuló Thibaut muy contento.

La puerta acababa de abrirse, y Juana se mostró más simpática, más atractiva que la primera vez. Por política, Marcelo siguió á su tío.

En seguida hubo saludos afectuosos, apretones de manos calurosamente cambiados; luego, con prontitud, las sillas llevadas al rededor de la mesa, el Marsala destapado, las copas llenas, brindis sin cumplimento. Se emprendió la conversación y Thibaut pronunció el nombre de su amigo Chevelet, un gran comisionista en mercancías, quien, del tiempo del señor Lemadié, estaba en una joyería, y se encontraba en relaciones con éste. Y el anti-

guo comerciante, encantado de esa aproximación inopinada, haciendo á su vez el elogio de ese buen Chevalet, se lanzó en el relato de los negocios pasados.....en tanto que Juana escuchaba modestamente con los ojos bajos, y que Marcelo permanecía tieso en su silla, con los ojos atraídos á pesar suyo, por cierto bucle rubio, ahí, á la derecha, que bailoteaba sobre la oreja impulsado por la brisa, y no quería estarse quieto.

Esa misma noche el tío Thibaut tuvo con su hermana política un largo coloquio misterioso, que, á juzgar por la vivacidad, por los gestos, por toda la mimica del discurso, por la fisonomía atenta y meditabunda de la oyente, debía ser para los dos del mayor interés.

Muy pronto la señora Tilhol se relacionó con los Lemadié, y el señor su hijo, muy recalcitrante en los primeros días, se acostumbraba poco á poco á acompañarla á casa de sus vecinos, y acabó por ir á pasar sin ella las tardes enteras, lo que ponía en los ojos del tío, muy en el fondo de sus ojos cerrados maliciosamente, cierta sonrisa que significaba muchas cosas. Juana y él se habían hecho dos amigos inseparables. Ella, desde que veía aparecer á Marcelo corría hacia él, con las dos manos tendidas y el rostro alegre, y él no se inquietaba para besarla sobre la frente, como buen sobrino de tío que conoce el porvenir.

El 12 de septiembre, la señora Tilhol pidió para su hijo Marcelo la mano de la señorita Juana Lemadié. Nadie se sorprendió; desde hacía algunas semanas sabían á qué atenerse.

En la misma noche, la familia se reunió al rededor de la mesa en el jardín, al pie de la terraza. La noche, muy dulce, tenía suaves brisas, impregnadas de efluvios olorosos; en el cielo, de un azul oscuro salpicado aquí y allá del oro centelleante de las primeras estrellas, la luna derramaba su pálida y melancólica luz. Sobre el mantel, el café humeaba en las tazas; y los proyectos de porvenir feliz,

rodeaban alegremente, sucediéndose los unos á los otros sin interrupción.

—Sobrina mía, dijo el tío Thibaut, daremos los dos una vuelta por el jardín, eh?

Y deslizó bajo su brazo el de Juana, y cuando llegaron al lugar de donde había partido el chorro furioso de la bomba, detuvo á la joven y le dijo:

—Si no me hubiera encontrado del otro lado de esta reja hace tres meses . . . ?

—Ah, tío mío! dijo Juana: ¡para qué recordar esa historia fea! ¿Todavía me guardáis rencor?

—Nunca os lo he tenido, querida niña; bien sabía que no lo hicisteis de propósito.

—Oh! Eso no, tío, replicó la joven aturdidamente: no era á vos á quien apuntaba . . .

—Apuntábais? . . . dijo Thibaut sorprendido. Pero entonces . . . ?

—Era á él, confesó Juana á media voz, un poco avergonzada por el secreto que se le había escapado.

Y como Thibaut interrogara con la mirada, agregó ella:

—Hacía mucho tiempo que . . . que lo había visto, que hacía todo lo posible para que también él . . . me viera; pero nunca . . . nunca me honró con la más breve mirada . . .

—¡El imbécil! . . .

—¿Verdad? . . . Ese día, me sentía más desgraciada, más desesperada . . . y he aquí que de repente lo veo con vos. Entonces . . . yo no sé lo que sentí; pensé: «¡Ah, no quiere fijarse en mí! . . . Pues bien, lo forzaré!...» Y ¡zas! dirigí la manga sobre él. Pero . . . estaba tan emocionada . . . tan turbada . . .

—¡Que fui yo el que atrapó la ducha! . . . ¡Caracoles! ¡si lo hubiera sabido antes! . . .

Ella lo examinó con sus dos ojos malignos y preguntó atrevidamente:

—¿Y bien . . . ?

—¿Cómo, y bien? . . . Pues no me habría ocupado de vuestro matrimonio, señorita.

¿Vos? dijo ella, con fisonomía y con voz incrédulas: ¡Vamos, tío! Os conozco: sois muy bueno para que nunca hagáis la desgracia de nadie; y además,—añadió con tanto mimo, que Thibaut se sintió conmovido antes de que ella hubiera hablado,—habéis olvidado ¿verdad?... que tendríais en Juana una sobrinita que os amaría y os cuidaría mejor que ninguna otra!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

El mal zuavo.

(De Alphonse Daudet.)

El ameritado herrero Lory de Sainte-Marie-aux-Mines, no estaba contento aquella noche.

Era su costumbre, tan pronto como caía la tarde y se apagaba la fragua, sentarse en un banco delante de su puerta, para saborear esa agradable laxitud que trae el peso del trabajo y del día caluroso, y antes de despedir á sus aprendices, beber con ellos algunos sorbos de cerveza helada, sin dejar de observar la salida de los trabajadores de las fábricas vecinas.

Pero aquella noche, el buen hombre permaneció en su herrería hasta el momento de ir á sentarse á la mesa, y aun al acercarse á ella pareció hacerlo con algún pesar. La señora Lory pensaba, observando á su marido:

—¿Qué será lo que tanto le preocupa? . . .
¿Habrá quizás recibido del regimiento alguna mala noticia que no quiere decirme? . . . ¿El mayor de nuestros hijos estará acaso enfermo? . . .

Pero no atreviéndose á preguntarle nada, únicamente se ocupaba en imponer silencio á tres niños rubios y pequeñitos que, corriendo

al rededor de una mesa, reían, á la vez que comían rabanitos preparados en ensalada de crema.

Al fin, el herrero rechazó su asiento, murmurando:

—¡Ah, holgazanes! . . . ¡canallas! . . .

—¿Qué es lo que tienes, Lory? . . . dímelo. El herrero exclamó:

—Lo que teugo es que he visto á cinco ó seis bribones, vestidos de soldados franceses, pasearse desde muy temprano por la ciudad, y unidos estrechamente con los bávaros . . . Son todavía de aquellos que han . . . ¿cómo han dicho eso? . . . optado por la nacionalidad de Prusia . . . ¡Y decir que diariamente vemos volver de estos falsos alsacianos! . . . ¿Qué, pues, se les ha dado á beber?

La señora Lory trató de defenderlos:

—¿Qué quieres tú? No tienen ellos la culpa . . . ¡Está tan lejos esa Argelia de Africa, á donde se les envía! . . . Huyen de la nostalgia, y es muy fuerte para ellos la tentación de volverse, de ya no ser soldados.

Lory dió un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Cállate tú! exclamó. Ustedes las mujeres no entienden nada de eso. A fuerza de vivir siempre con los niños y nada más que para ellos, no saben ustedes hacerlos verdaderos hombres . . . Pues bien, lo que yo te digo es que esos hombres son unos canallas, unos miserables, unos cobardes, y si por desdicha nuestro hijo Cristián fuera capaz de una infamia semejante, ten seguro que tan cierto como me llamo Jorge Lory y que he servido siete años en el cuerpo de cazadores de Francia, así lo atravesaría de parte á parte con mi espada.

Y terrible, casi erguido, mostraba su uniforme de cazador, colgado en la pared, bajo del retrato de su hijo, un retrato de zuavo hecho allá en Africa; pero este honrado rostro de alsaciano, quemado y tostado por el sol, y que dejaba percibir algunos rasgos de claridad don-

de la luz se reflejaba más viva, lo calmó de súbito y se puso á reír.

—¡Qué tonto soy con encolerizarme! . . . ¡Como si nuestro Cristián pudiera pensar en hacerse prusiano, él, que ha peleado tanto durante la guerra! . . .

Habiendo recobrado el buen humor con esta idea, el buen hombre acabó por comer alegremente, saliendo de allí después de beber dos grandes jarros de cerveza de la ciudad de Strasburgo.

La señora Lory ha quedado sola. Después de haber acostado á sus tres niños, á los que oye hablar dulcemente en el vecino cuarto, nido que poco á poco va quedando en silencio, se pone á zurcir delante de la puerta que ve á los jardines. De cuando en cuando suspira y se dice:

—Es verdad: son unos cobardes, unos renegados . . . ¡pero es igual! ¡sus madres son muy felices con volver á verlos!

Y recuerda la época en que el suyo, antes de ir á incorporarse en el ejército, estaba allí, á la misma hora, preparándose para ir á trabajar en el jardinillo. Mira el pozo en que él venía á llenar sus regaderas, vestido con una blusa que le caía graciosamente, luciendo sus largos y hermosos cabellos, que le cortaron al ingresar al cuerpo de zuavos . . .

Repentinamente se estremece. La puertecilla del fondo, la que da al campo, se ha abierto. Los perros no han ladrado; sin embargo, el que acaba de entrar roza las paredes y apenas deja percibir sus pasos, como si fuera un ladrón . . .

—¡Buenos días, mamá!

Su Cristián está en pie, delante de ella, avergonzado, turbado, la lengua seca, desabrochado el uniforme. El miserable ha vuelto al país con los otros, y desde hacía una hora paseaba al rededor de la casa, espionando la salida del padre para entrar. Ella quiere reprenderlo severamente, pero le falta valor. ¡Tanto

tiempo hace que no lo ha visto ni abrazado! Y además, le da él tan buenas razones: que se fastidiaba del país, de las fatigas, de vivir lejos de ellos, agregando á esto que la disciplina había llegado á ser muy rigurosa, y que los camaradas le llamaban «prusiano», á causa de su acento alsaciano. Ella cree todo lo que él la dice. Con sólo verlo, tiene para creerle. Sin dejar de hablar, han entrado á la sala baja. Los pequeñuelos, habiéndose despertado, corren, descalzos y en camisa, á abrazar á su hermano mayor. A éste se le quiere hacer que coma alguna cosa, pero no tiene hambre. Lo que sí tiene es sed, siempre sed, y bebe grandes sorbos de agua, después de haber bebido desde por la mañana una gran cantidad de cerveza y de vino en la taberna.

Pero alguien viene: se oyen pisadas en el patio. Es el herrero que vuelve.

—¡Cristián! ¡ahí viene tu padre! . . . ¡Pronto, ocúltate; quiero tener tiempo de hablarle, de explicarle . . . !

Y empujándolo hacia el otro lado de la gran estufa de porcelana, se pone de nuevo á coser, con las manos temblorosas. Por desgracia la *chechia* del zuavo ha queda sobre la mesa, y es la primera cosa que Lory ve al entrar. La palidez de la madre, su turbación . . . Todo lo comprende.

—¡Cristián está aquí!—dice con una voz terrible.

Y descolgando su espada, con un gesto de loco se precipita hacia la estufa tras de la que el zuavo se halla hundido, pálido, inmóvil, apoyándose en la pared, de miedo de no caer.

La madre se arroja á interponerse entre los dos:

—¡Lory, Lory, no le mates! . . . ¡Yo he sido quien le ha escrito diciéndole que vuelva, que tú has tenido necesidad de él en la herre-
ría! . . .

La pobre madre se cuelga del brazo de su marido, se lo oprime, solloza. En la obscu-

ridad de su cuarto, los niños gritan al oír aquellas voces llenas de cólera y lágrimas, y tan alteradas que no pueden conocerlas. El herrero se detiene, y mirando á su mujer,

—Ah! - esclama:—¡Con que tú le has hecho volver! . . . Entonces . . . está bién, que vaya á acostarse. Mañana veré lo que debo hacer.

Al siguiente día, Cristián, despertándose de un pesado sueño lleno de pesadillas y terrores sin causa, se encuentra en el mismo cuarto que ocupaba cuando era aún niño. A través de los pequeños vidrios rodeados de plomo, por los que se ve una trepadora cubierta de flores, penetran los ardientes rayos del sol, que ya se halla á grande altura. Abajo, el martillo resuena sobre el yunque

La madre se encuentra junto al lecho de su hijo . . . ¡tanto había sido el miedo que le había causado la cólera de su marido! Tampoco éste llegó á acostarse. Toda la noche la pasó yendo y viniendo por toda la casa, llorando, suspirando, abriendo y cerrando armarios. Al llegar la mañana, entró en el cuarto de su hijo, gravemente vestido, como si fuera á hacer un viaje, con altas polainas, ancho sombrero y un sólido bastón montañés. Se dirige directamente al lecho.

—Vamos, arriba . . . ¡levántate!

El muchacho, algo confuso, quiere tomar su vestido de zuavo.

—No, ese no, dijo el padre severamente.

La madre, temerosa, exclama:

—Pero, amigo mío . . . no tiene otros.

—Dale los míos, que no los necesito.

Mientras que el joven se viste, Lory dobla cuidadosamente el uniforme, la chaquetilla, la grande capa roja, y, hecho el paquete, pasa al rededor de su cuello la cinta que sostiene el es-tuche laminado de zinc en el que se halla el pliego que contiene el itinerario . . .

—Ahora, bajemos, dice en seguida; y los

tres bajan á la herrería sin llegar á pronunciar una sola palabra.

El fuelle parece mugir; todo el mundo trabaja. Al volver á ver todo esto, en lo que tanto pensaba allá en Africa, el zuavo recuerda su infancia y la multitud de veces que ha jugado ahí, entre el calor de la rueda y las chispas de la fragua brillando entre la negra ceniza. Un acceso de ternura le ahoga, quiere pedir perdón á su padre; pero al levantar los ojos hácia éste, encuentra siempre una mirada inexorable.

Al fin el herrero se decide á hablar.

—Muchacho, dice: aquí tienes el yunque, los útiles . . . todo esto es tuyo . . . Y todo eso también!—añade mostrándole el jardincillo que, lleno de sol y de abejas, se descubre allá abajo, por el ennegrecido cuadro de la puerta.—La colmena, el viñedo, la casa, todo te pertenece . . . Puesto que has sacrificado tu honor á estas cosas, es bueno, á lo menos, que las cuides . . . Aquí eres tú el amo . . . Yo . . . yo, me voy . . . Debes cinco años, y voy á pagarlos por tí . . .

—Lory, Lory, ¿á dónde vas? clama la pobre mujer.

—Padre! . . . suplica el joven.

Pero el herrero ha partido ya, andando á largos pasos, sin llegar á mirar hacia atrás.

En Sidi-bel-Abbes, entre los jóvenes que forman el 3er. cuerpo de zuavos que se halla en depósito, se encuentra desde hace algunos días un alistado voluntario, de cincuenta años de edad.

El primer luto.

(De Georges Farchylof.)

Figuraos un hombre alto, seco, de frente calva, correcto en su traje, discreto, de modales distinguidos, virtuoso, ilustrado, derrochador de su bolsillo y de su corazón, y tendréis el retrato del cura X**. Tenía yo ocho años, cuando concurría á su casa, para aprender los elementos de latín. No era yo el único allí; éramos siete ú ocho principales á quienes el cura sabía hacernos mantener firmes, mandarnos con la mirada, y, cuando era preciso, con el reverso de la mano.

Cuando por desgracia se ausentaba el cura para cumplir algún deber de su ministerio, nos despedíamos, sin decir una palabra, del *Epítome* y del *Devirís*. La ama de gobierno llegaba con su aspecto de granadero; pero, ¿qué podía esta pobre mujer contra unos muchachos listos y traviosos, á los que una paciencia á prueba de bomba y una firme autoridad podría sólo dominar? Como pajarillos al volver la primavera, nos lanzábamos al parquecillo que rodeaba al presbiterio. ¡Era de ver entonces nuestros juegos y oír nuestros gritos de ale-

gría! . . . Y todo esto terminaba siempre por un Waterloo en pequeño, donde con frecuencia se dejaban algunos girones de vestido, no pocas veces una gota de sangre, y casi siempre algunas lágrimas amargas arrancadas por el dolor y el disgusto. Yo,—debo confesarlo,—no era el menos guerrista de la compañía.

De repente una voz terrible se dejaba oír: el cura nos sorprendía *in fraganti*. Una buena reprimenda y algunos golpecillos dados con suavidad en los carrillos, era lo que nos estaba reservado, sin contar con que era preciso entonces recobrar el tiempo perdido, trabajando hasta por la noche.

Una mañana de octubre faltó mi vecino Julio. El primer día no fijé en esto la atención, pero el segundo, comencé á fastidiarme, porque . . . vamos! á Julio lo quería yo mucho! . . . ¿Faltaría él por ligereza? ¿por inconstancia? ¿por alguna enfermedad cualquiera? . . . Sería cuestión de un día, y al siguiente volvería á verlo en la clase.

Sería lo que tú quieras, lector; pero es el caso que yo sentía por Julio un profundo cariño. Por la tarde, al volver á casa, yo suplicaba llorando:

—¡Quiero ir con Julio!

Se me respondía no sé qué cosa; pero trascurrieron aún tres semanas, y Julio no volvía á clase. Me hice entonces menos turbulento. Pasaba mis días sumergido en sueños vagos é infantiles, y me encontraba con menos ánimo que antes para el estudio: trabajaba gimiendo, como el leñador al herir el árbol que derroca á pesar suyo.

Un día cargado de bruma, por la mañana, al despertarme, lo primero que me dijo mi madre, fué:

—Hoy no irás á clase, querido.

Yo, abracé á mi madre; abracé á mi aya, en vez de reñirla, como lo acostumbraba; abracé á los perros, y, en fin, á todo el mundo; ¡Estaba loco de felicidad! . . . Pero ¡ay! que es pre-

ciso que á toda alegría, aquí en la tierra, sucede un inmenso dolor!

El vestido con que me levantaba por las mañanas, me lo habían quitado, y en su lugar me habían puesto uno negro. Miré hacia todos lados, tratando de comprender, y entonces no sé quién me dijo:

—Julio ha muerto.

Pero esto no lo comprendí en el momento.

Me tomaron de la mano y me llevaron á la iglesia, que estaba toda adornada con cortinajes negros. Las personas que ví allí, estaban silenciosas.

Comencé á sentir entonces que algunas lágrimas velaban mis ojos, á pesar de no comprender nada todavía. Pronto distinguí cuatro hombres vestidos de negro, llevando una caja pequeña y larga, cubierta con un paño negro también; algunas personas lloraban al rededor de este cortejo.

Todos nos dirigimos luego á un vasto campo cerrado por largas y gruesas paredes; en el campo aquél había una multitud de cruces, abrigadas por unos árboles elevados y rectos, terminados en punta, y de un verde más claro que la esmeralda.

Ya estando allí, oí sollozos, gritos, un ruido sordo . . . y sentí desgarrarse mi corazón: ¡todo lo había comprendido! . . .

Largo tiempo estuve llorando. Trataron de consolarme, y algo lo consiguieron; pero desde entonces supe lo que era la muerte. Nuestro maestro nos explicó en los siguientes días, que Julio había subido al cielo á jugar con los ángeles; largo tiempo, en fin, nos estuvo hablando de él.

La indiferencia de la juventud disminuyó en mí el pesar por la pérdida de mi amiguito, y sólo la imágen de la muerte quedó fija en mi alma.

Hoy aún, después de treinta años, me parece oír siempre las palabras: «Julio ha muerto», y no cesan de resonar en mis oídos cada vez

que se me participa el fallecimiento de una persona conocida.

Y vendrá un día, en fin, en que también se dirá de mí: ¡ha muerto!

Pero la muerte no me espanta, porque desde hace mucho tiempo he comprendido, gracias á las explicaciones de mi buen maestro el cura, que la tierra es nuestro destierro, y el cielo nuestra patria.



La muerte del Delfín.

Balada en prosa.

(De A. Daudet.)

El Delfín está enfermo, el pequeño Delfín va á morir. En todas las iglesias del reino, el Santísimo Sacramento permanece expuesto día y noche, y arden varios cirios por la curación del regio infante. Las calles contiguas á la residencia real están tristes y silenciosas, las campanas no suenan, no ruedan los carruajes. En las cercanías del palacio, los burgueses curiosos contemplan, á través de los enverjados, á los suizos, á los hinchados suizos con sus trajes dorados, que dándose gran importancia, charlan en los patios.

Todo el palacio está en movimiento. Los chambelanes y moyordomos suben y bajan corriendo por las escaleras de mármol. Las galerías están llenas de pajes y de cortesanos vestidos de seda, que van de un grupo á otro pidiendo noticias y hablando en voz baja.

En las anchas graderías, las damas de honor, desoladas, se hacen grandes reverencias,

enjugando sus ojos con hermosos pañuelos bordados. Más arriba, hay una numerosa asamblea de Médicos, á quienes se ve, á través de los vidrios, agitar sus amplias mangas negras é inclinar doctoralmente sus empolvadas pelucas . . . El ayo y el escudero del Delfín se pasean delante de la puerta, esperando las decisiones de los Facultativos. Algunos galopines de la cocina real pasan delante de aquellos sin saludarlos. El escudero jura como un pagano, el ayo recita versos de Horacio . . . Y durante todo este tiempo, allá abajo, por el lado de las caballerizas, se oye un relincho gemido y prolongado. Es el alazán del Delfín, que olvidado de los palafreneros, gime tristemente ante su pesebre vacío.

¿Y el rey? ¿En dónde está el rey? . . . El rey se ha encerrado, enteramente solo, en una cámara que está en uno de los más apartados rincones del castillo . . . Su Majestad no quiere que le vean llorar. En cuanto á la reina, se halla sentada á la cabecera del Delfín; tiene su hermoso rostro bañado en lágrimas, y solloza delante de todos sin poder contenerse.

En su lecho cubierto de encajes, el Delfín, más blanco que los cojines sobre que se apoya, descansa con cierto abandono y con los ojos cerrados. Creeríase que duerme . . . Pero no: el Delfín no duerme. Llega un momento en que, volviéndose hacia su madre y viéndola llorar, le dice:

—¿Por qué lloráis, reina mía? . . . ¿Creéis buenamente que voy á morir?

La reina quiere responder. Los sollozos la impiden hablar.

—No lloréis, señora; olvidáis que soy el Delfín, y que los Delfines no pueden morir así como quiera . . .

La reina solloza más fuerte aún, y el Delfín comienza á sobresaltarse.

—¡Hola! exclama él entonces, no quiero que la muerte venga á sorprenderme, y yo sabré impedir que pueda llegar hasta aquí . . . ¡Que

vengan inmediatamente cuarenta *lansquenets*, á hacer la guardia al rededor de mi lecho! . . . ¡Que cien cañones velen de noche y día, con la mecha encendida, bajo mis ventanas! ¡Y desdichada de la muerte, si se atreve aproximarse á mí! . . .

Por complacer al príncipe, la reina hace una señal. Inmediatamente se oyen rodar los cañones sobre las losas del patio, y cuarenta *lansquenets* de los más fuertes, con partesana en mano, van á colocarse al rededor de la cámara: son viejos soldados de canosos mostachos. El Delfín aplaude al verlos, y reconociendo á uno, le llama:

—¡Lorrain! ¡Lorrain!

El soldado avanza hacia el lecho.

—Mi viejo Lorrain, yo te quiero mucho . . . Ven; déjame ver tu sable . . . Si la muerte quiere llevarme de aquí, será preciso matarla, ¿no es verdad?

Lorrain responde:

—Sí, monseñor . . .

Y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidadas mejillas.

En este momento el capellán limosnero se acerca al Delfín y le habla largo rato en voz baja, mostrándole un crucifijo. El Delfín le escucha con aire asombrado, y bruscamente le interrumpe:

—Bien comprendo lo que me decís, señor abate; pero, en fin, ¿no podría morir en lugar mío mi amiguito Beppo, dándole mucho dinero? . . .

—El capellán prosigue hablándole en voz baja, y el Delfín muestra á cada instante un aire más y más asombrado.

Cuando el sacerdote ha terminado, el Delfín, lanzando un hondo suspiro, exclama:

—Es muy triste todo lo que acabáis de decirme, señor abate; pero una cosa me consuela, y es que allá arriba, en el paraíso de las estrellas, seguiré siendo aún el Delfín. . . . Yo sé que el buen Dios es mi primo, y que no puede menos que tratarme como lo requiere mi rango.

Después, volviéndose hacia su madre, añade:

—Que me traigan mis más lindos vestidos, mi blanco jubón de armiño y mis esarpines de terciopelo. Quiero competir con los ángeles y entrar al paraíso, en traje de Delfín.

Por tercera vez el capellán limosnero se inclina al oído del Delfín y le habla largamente en voz baja . . . En medio de su discurso, el real infante le interrumpe, gritando lleno de cólera:

—¡Entonces, el ser Delfín no sirve absolutamente para nada! . . .

Y el heredero de la corona, sin querer oír otra palabra más, se vuelve hacia la pared, y prorrumpie en amargos sollozos.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE TES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

El progreso.

Cuento filosófico.

(De Eugene Mouton.)

Un día, algunos viajeros que se habían aventurado en países lejanos, en busca del narval, del mirlo blanco y de algunos otros *desiderata* científicos, cayeron en manos de una cuadrilla de Orangutanes.

Los monos pretendieron obligar á sus prisioneros á trepar á los árboles para que les cortasen cocos ó nueces.

Los prisioneros hicieron la siguiente reclamación:

Que tales ejercicios son contrarios á las costumbres de los pueblos civilizados;

Que les causaban miedo las caídas desde tales alturas;

Que ofendían á la vez sus creencias y su dignidad.

—Vosotros seríais, replicó el rey de los orangutanes, los que ofenderíais nuestras creencias y nuestra dignidad, si os dejásemos hacer lo

que quisiérais; esto no lo entendéis bien. Sabed que el orangután es el rey de la creación; que su manera de ver todas las cosas, es la única que tiene sentido común, y que vosotros no sois más que unos animales. ¿Queréis de ello otra prueba que el hecho de haberos dejado sorprender tan tontamente porque estábais desnudos?

—Augusto cuadrumano, replicó uno de los prisioneros:—Vuestra Majestad está en un error: el rey de la creación no es otro que el hombre; y lo que sin contradicción ninguna le da esta supremacía, es que, entre todos los seres, puede progresar indefinidamente en la ciencia, en la verdad, en la justicia y en el bien.

—Oh! Oh! dijo el rey de los orangutanes, que era un amante de la justicia, á pesar de su brutalidad:—¿Cuál es, pues, el país donde existe una raza tan ilustre, tan perspicaz, tan justa y tan feliz? ¿Acaso la Rusia?

—Oh! no: allí se asesina, se usa de la dinamita para destruir, se ahorca y se fusila á tal grado, que es para volverse loco de horror. Ese país será toda su vida lo que ha sido hasta hoy: un imperio imposible, en una comarca inhabitable.

—¿La Alemania? . . .

—Oh! no: la gente se muere allí de miseria, y las teorías más subversivas causan siempre una confusión y un desorden espantosos!

—¿La Italia?

—Igual cosa sucede allí.

—¿La Austria? . . .

—¡Dios mío! no: allí todo está desarreglado y amenaza ruina desde hace más de quinientos años, y no se concibe cómo ese país puede todavía sostenerse.

—¿La Inglaterra? . . .

—No me habléis de ella: la miseria consume allí millones de hombres en provecho de algunos otros, que son pocos.

—¿La Suecia? . . . ¿La Noruega? . . .

—Un clima horroroso hace allí de la vida una lucha sin tregua y sin esperanza.

—¿La Turquía? . . .

—Se va extinguiendo entre la pereza y la corrupción.

—¿La Holanda? . . .

—Allí se vive en un temor continuo de ser sumergido por el océano ó asaltado por el enemigo

—¿La Bélgica? . . .

—Allí se sacan los ojos, porque unos creen en Dios, mientras los otros quieren que se crea en el diablo.

—¿La Suiza? . . .

—Los partidos entran allí en lucha desde el momento en que empieza á tratarse una cuestión de interés común.

—¿Los principados Danubianos? . . .

—Es un campo de batalla en que los pueblos se despedazan cada dos ó tres años.

—¡Diablo! dijo el mono. Ah! ¿la España? . . .

—Allí se conspira á cada momento por la próxima revolución.

—¿La Africa? . . .

—En el Norte y en el Sur degüellan á los indígenas para civilizarlos; en el resto del país, los indígenas se degüellan mutuamente . . . para enseñarse á vivir.

—¿La América? . . .

—Hay dos: una, donde la vida no es soportable para un hombre inteligente; y la otra, donde el calor, la fiebre amarilla, las revoluciones y los temblores de tierra hacen intolerable la vida, aun para los tontos.

—Y bien, ¿la Asia? . . .

—¡El Asia! ¡país bárbaro, donde nadie está seguro de conservar durante una hora su cabeza sobre los hombros!

—¿La Oceanía, en fin? . . .

—Colonias de antiguos pueblos, con los vicios y las miserias de la metrópoli, y además con todos los defectos de los aventureros. Es cierto que allí se encuentran antropófagos; pe-

ro las relaciones con esas gentes son insoporables á causa de su glotonería.

—¿La Francia, entonces? . . .

—¡La Francia! ¡nuestro país, que ha sido saqueado de tal manera por los que se han puesto á la cabeza de los negocios, que ya no es posible vivir allí! Precisamente por huir de ella hemos venido aquí en busca del narval y el mirlo blanco, esperando contribuir á lo menos á los progresos de la ciencia, á falta de otra cosa, para impedir la ruina de nuestro país.

—¿Luego, dijo el orangután, todo eso que habéis dicho es lo que llamáis el progreso de la humanidad?

Quedó un momento pensativo el mono; después, levantando majestuosamente la cabeza, dijo:

—Subid á cortar cocos y nueces, señores: no sois buenos más que para eso!



El niño de los zapatos de pan.

(De Théophile Gautier.)

Escuchad la historia que cuentan á sus nietecitos las buenas abuelas de Alemania, ese hermoso país de las leyendas y de los ensueños, esa poética comarca en donde los rayos de la luna, al jugar entre las brumas del viejo Rhin, engendran mil fantásticas visiones.

En una humilde casita situada á la extremidad del pueblo, vivía sola una pobre mujer. Las habitaciones, que revelaban la más grande miseria, tan sólo contenían los muebles absolutamente indispensables.

Una cama vieja de columnas torcidas, de las que pendían unas cortinas de sarga amarillenta; un arcón donde guardar el pan; un cofre de nogal, limpio y resplandeciente, pero cuyas numerosas picaduras tapadas con cera, revelaban muchos años de servicio; un sillón forrado de damasco de varios colores, en el que tantas veces había apoyado la abuelita su cabeza temblorosa; un torno para torcer hilo: eso era todo.

Olvidábamos mencionar la cuna de un niño,

enteramente nueva, adornada con delicadeza y cuidado, y cubierta por un lindo cobertor de ramajes, tejido por una aguja infatigable, la de una madre adornando la cuna de su niño, de su pequeñito, en quien creía ver resplandeciente al divino Jesús.

Toda la riqueza de aquella humilde casita estaba concentrada allí, en esa cuna.

El hijo de un burgomaestre ó de un consejero áulico, no hubiera tenido lecho más suave ni más blando . . . ¡Santa prodigalidad, dulce enagenación de la madre que se priva de todo para rodear de un lujo delicado, en el seno de la miseria, á su adorado infantito!

Esta cuna daba un aire de fiesta á aquella habitación humilde; la naturaleza, compasiva con los desdichados, alegraba la desnudez de la casita con floridos ramajes de jazmines y con el alfombrado y el cortinaje de césped y de musgo. Hermosas plantas parásitas, como impulsadas por un poder oculto y piadoso, cubrían con profusión los agujeros del techo, dando á éste el aspecto de una preciosa canastilla, é impidiendo á la lluvia caer sobre la cuna; algunos palomos llegaban á la ventana y cantaban con dulce arrullo hasta que el niño se dormía.

Un pajarito, al que el pequeño Hanz había dado unos granos en uno de los últimos días del invierno, cuando la nieve aún emblanquecía la tierra, había dejado caer de su pico algunos de ellos al pie de la pared, y de allí habían brotado, en la primavera, lindísimas hierbas que, entrelazando con las piedras sus verdes raíces, habían penetrado á la habitación por algunos intersticios de la ventana, yendo á formar una guirnalda sobre la cuna del niño; así es que, por la mañana, los azules ojos de Hanz y las violadas campanillas de la hierba, despertaban al mismo tiempo, y se miraban con cierto aire de inteligencia.

Aquella mansión era, pues, pobre, pero no triste.

La madre de Hanz, cuyo marido había muerto en la guerra hacía algún tiempo, vivía, bien que mal, con algunas legumbres del jardín y del producto de su torno: muy poca cosa; pero Hanz no carecía de nada, y esto le bastaba.

La excelente madre era en verdad una mujer piadosa y creyente: rezaba, trabajaba, y practicaba la virtud. Pero cometió una falta: se enorgulleció mucho de su hijo, mirándose en él con demasiada complacencia. Sucede algunas veces que las madres, al ver estos primorosos niños de manecitas llenas de hoyuelos, de piel blanca y piecesitos de encendida rosa, se imaginan que son de ellas para siempre. Pero Dios no da, sino que presta solamente; y, como un acreedor olvidado, llega la vez en que viene de súbito á reclamar su deuda.

La madre de Hanz, embriagada con los encantos de su hijo, creyó que éste le debía sólo á ella su hermosura; pero Dios, que desde el fondo de su paraíso de azules bóvedas con estrellas de oro, observa todo lo que pasa sobre la tierra, y oye, á través del infinito, el rumor que hace la más pequeña hierbecilla, vió con desagrado el envanecimiento de aquella madre. Vió también que Hanz era glotón y su madre demasiado indulgente con su glotonería.

Con frecuencia lloraba el niño cuando, después de las uvas ó la manzana, no le daban de comer pan, ese objeto de la envidia de tantos desdichados, y la madre le dejaba que arrojase al suelo el pedazo comenzado, ó ella misma acababa de comérselo.

Y sucedió que Hanz cayó enfermo: la fiebre le quemaba; su respiración silbaba al pasar por su inflamada garganta. El niño tenía el *croup*, esa terrible enfermedad que ha hecho enrojecer y llenado de lágrimas los ojos de tantos padres y de tantas madres.

Ante el terrible espectáculo de aquella en-

fermedad, la pobre mujer sintió un dolor horrible.

Sin duda habréis visto en alguna iglesia la imagen de Nuestra Señora, vestida de duelo y al pie de la Cruz, con su pecho abierto y su corazón ensangrentado, en el que se hallan hundidas siete cuchillas de plata, tres de un lado y cuatro del otro. Esto quiere decir, que no hay agonía más tremenda que la de una madre que ve morir á su hijo.

Y sin embargo, la Santa Virgen creía en la divinidad de Jesús y sabía que su Hijo resucitaría.

Pero la madre de Hanz no tenía esta esperanza.

Durante los últimos días de la enfermedad del pequeñito, la madre, velándole sin descanso, continuaba maquinalmente en su trabajo de hacer hilo, y el zumbido del torno se mezclaba á la fatigosa respiración del niño moribundo.

Si los ricos hallan extraño que una madre hile junto al lecho de muerte de su hijo, es porque no saben que la pobreza encierra mil torturas para el alma, y ¡ay! la pobreza destruye no solamente el cuerpo, sino también el corazón.

Lo que hacía la pobre madre, era el hilo para el sudario de su pequeño Hanz: no quería que una tela que hubiera prestado algún servicio, fuese á cubrir á aquel querido cuerpecito, y como no tenía dinero, hacía zumbar su torno con una fúnebre actividad; y se pasaba el hilo sobre los labios, como acostumbraba hacerlo; y las lágrimas que se desprendían de sus ojos, le bastaban para mojarlo.

Al fin del sexto día, Hanz espiró.

Sea casualidad, sea simpatía, la guirnalda de hiedras que acariciaban su cuna, languideció, se marchitó, se secó, y dejó caer su última flor, ya crispada, sobre aquel lecho de muerte.

Cuando la madre quedó convencida de que

el aliento había volado para siempre de los labios del niño, donde las violetas de la muerte habían reemplazado á las rosas de la vida, cubrió con el borde de la sábana aquella cabecita querida, y llevando el paquete de hilo bajo de un brazo, se dirigió á la casa del tejedor.

—Tejedor, le dijo: aquí traigo hilo muy bien torcido, muy fino y sin nudos: la araña no haría otro mejor entre las vigas del techo. Que vuestra lanzadera se mueva activamente de un lado á otro: necesito que con este hilo me hagáis una ana de tela tan suave ó mucho más que la de Frigia y la de Holanda.

El tejedor tomó la madeja de hilo, arregló la cadena, y dispuesta la lanzadera con el hilo, empezó á ir y venir de uno á otro lado con actividad. El peine afianzaba la trama, y la tela avanzaba sobre el telar, sin desigualdad, sin ruptura, y tan fina como la camisa de una archiduquesa ó el lienzo con que el sacerdote enjuga el cáliz en el altar.

Cuando fué empleado todo el hilo, el tejedor, contemplando con tristeza la desesperación pintada en el semblante de la madre, entregó á ésta la tela, diciéndole:

—El hijo del emperador, que en el año pasado murió en brazos de su nodriza, no fué envuelto en una tela más suave ni más fina al ser colocado en su ataúd de ébano con clavos de plata.

Habiendo doblado la tela, la madre sacó de uno de sus enflaquecidos dedos un anillo de oro desgastado por el uso, y dijo al artesano:

—Buen tejedor, tomad este anillo, mi anillo de bodas, el único oro que he llegado á poseer.

El buen artesano no quería tomarlo, pero ella le dijo:

—No tengo necesidad de llevar ninguna sortija allá á donde voy; porque . . . bien lo presiento . . . los bracitos de Hanz me atraen hacia la tierra.

En seguida la pobre madre se dirigió á casa del carpintero, y al ver á éste, le dijo:

—Maestro, escoged madera de roble, tan buena que no se pudra ni pueda ser carcomida de los gusanos; cortad de ella cinco tablas grandes y dos pequeñas, y haced con ellas un ataúd de esta medida.

El carpintero tomó la sierra y el cepillo, ajustó las tablas, tomó el martillo, y dió con él sobre los clavos lo más dulcemente posible, para no hacer que las puntas de hierro penetrasen en el corazón de la pobre mujer antes que en la madera.

Cuando la obra estuvo concluida, quedó tan exquisita y tan perfecta, que se la hubiera tomado por una caja para guardar las telas y las joyas más preciosas.

—Carpintero que habéis hecho tan hermoso ataúd á mi pequeño Hanz, dijo entonces la buena mujer; yo os doy mi casa, situada al extremo del pueblo, el jardincito que está detrás de ella, y el cercado con su vid . . .

Tan pequeño era el ataúd, que, poniéndose-lo debajo del brazo, y haciendo lo mismo con el sudario, la pobre madre cruzó las calles del pueblo; y los niños, que no saben lo que es la muerte, decían:

—Mirad . . . qué bonita caja de juguetes de Nuremburg le lleva á Hanz su mamá; sin duda que es una ciudad con sus casas de madera pintadas y barnizadas, su torre y su campanario almenados, sus campanitas de bronce, y los árboles de los paseos, muy verdes y llenos de flores; ó es quizás un lindísimo violín con sus clavijas labradas y su arco de clines de caballo . . . ¡Qué diéramos por tener una caja como esa!

Y las madres, palideciendo, los abrazaban y los callaban, diciéndoles:

—No seáis imprudentes, no digáis eso; no deseéis la caja de juguetes ó la caja de violín que se lleva debajo del brazo, cuando se ve llorando . . . ¡Acaso pronto la tendréis, pobres niños! . . .

Cuando la madre de Hanz regresó á su ca-

sita, tomó el cadáver, hermoso aún, de su hijo, y se puso á arreglarle el pelo por última vez, con ese cuidadoso esmero con que se hace todo aquello que debe durar eternamente. Le puso su vestido de los domingos, que era un traje de seda, y su abrigo de pieles, para que no tuviera frío en la húmeda estancia á donde iba. Al lado del niño, colocó el muñeco de ojos de esmalte que aquél tanto quería y al que acostaba todas las noches en su cuna.

Pero en el momento en que iba á cubrir con el sudario el cuerpecito al que mil veces había dado el último beso, advirtió que había olvidado poner al niño sus lindos zapatitos color de rosa.

Con ansiedad los buscó por toda la habitación, porque sentía un dolor infinito al ver desnudos aquellos piecitos, tan sonrosados y tibios en otros días, y ahora tan pálidos y tan fríos. Pero ¡ay! durante su ausencia, las ratas, habiendo encontrado debajo del lecho los zapatitos, los habían mascujado, roído y hecho pedazos, á falta de mejor alimento.

Fué un pesar inmenso para la pobre madre, que su Hanz partiera al otro mundo con los pies desnudos . . . Ah! Cuando el corazón es ya tan sólo una llaga, basta tocarle para hacerle manar sangre.

La pobre madre lloró al ver destrozados aquellos zapatitos: una lágrima pudo brotar aún de sus ojos secos y enrojecidos! . . . ¿Cómo podría tener zapatos para Hanz, si había regalado su alhaja y su casa, que era todo lo que poseía? . . . Tal era el pensamiento que la atormentaba.

A fuerza de pensar le vino una idea.

En el arcón había quedado un bollo de pan blanco, porque, desde el principio de la enfermedad de su hijo, la pobre madre, nutrida de pesar, no había llegado á comer nada.

Hundió los dedos en el bollo, acordándose de que en otro tiempo, para divertir á Hanz, había hecho con la miga palomos, canarios,

gallos, zuecos, sombreros, barcos y otras mil cosas.

Colocando la miga en el hueco de una mano, y amasándola con el dedo pulgar, humedece éste con sus lágrimas, hizo un par de zapatitos, con los que calzó los pies fríos y azulados del muertito querido, y, con el corazón consolado, cubrió el cuerpo de Hanz con el sudario, y cerró el ataúd. Cuando estaba amasando la miga, una pobre se había presentado á la puerta, y con timidez había pedido pan; pero la angustiada madre había indicado con la mano á la mendiga, que se alejase de allí.

El sepulturero vino á llevar la caja, y la puso dentro de un sepulcro abierto en un rincón del cementerio, bajo una espesura de blancos rosales. El aire era tibio, no llovía, y la tierra estaba seca, lo cual fué un consuelo para la pobre madre, que pensó que su pobrecito Hanz no pasaría muy mal su primera noche de tumba.

De vuelta á su casa solitaria y desolada, colocó la cuna de Hanz al lado de su lecho; se acostó luego, y se quedó dormida.

La naturaleza, quebrantada, sucumbía.

Dormida la pobre mujer tuvo un sueño, ó, á lo menos, creyó tenerlo.

Hanz se le apareció, vestido, como en su ataúd, con su traje de seda y su abrigo de pieles, llevando en la mano el muñeco de ojos de esmalte y en los pies sus zapatos de pan.

El niño parecía estar muy triste. No tenía esa aureola con que la muerte parece rodear el rostro de los niños inocentes; porque, cuando se lleva un niño á la tumba, parece que de allí resurge un ángel.

Las rosas del Paraíso no florecían en sus mejillas, que estaban pálidas, con la blancura de la muerte; las lágrimas temblaban entre sus rubias pestañas, y hondos suspiros levantaban su pecho.

La visión desapareció, y la madre se despertó bañada en sudor y gozosa de haber

vuelto á ver á su hijo, pero espantada de haberle visto tan triste. Tranquilizóse, empero, diciendo:

—¡Pobre Hanz! Aún en el Paraíso no puede olvidarme.

A la noche siguiente, volvió otra vez la aparición: Hanz estaba entonces más pálido y más triste aún.

Su madre, tendiéndole los brazos, le dijo:

—Consuélate, querido niño, y no te enfades en el cielo; pronto iré á reunirme contigo.

A la tercera noche, Hanz volvió de nuevo; gemía y lloraba más que las otras veces, y desapareció, juntando sus manos en ademán suplicante. Esta vez no llevaba ya su muñeco, pero sí sus zapatos de pan.

La madre, inquieta, fué á consultar á un venerable sacerdote, el cual le dijo:

—Esta noche velaré yo á vuestro lado, é interrogaré al pequeño espectro; él me responderá; yo sé las palabras que deben decirse á los espíritus inocentes ó culpables.

Hanz volvió á aparecer, en efecto, á la misma hora que lo había hecho en las noches anteriores, y el sacerdote le intimó, con las palabras consagradas, á que dijese lo que le atormentaba en el otro mundo.

—Los zapatos de pan, dijo el niño, son los que me atormentan y me impiden subir la escalera de diamante del Paraíso: pesan en mis pies, más que unas botas de postillón, y no puedo pasar de los dos ó tres primeros escalones. Esto me causa una amargura muy honda, porque veo allá arriba una nube de querubines con alas de rosa, que me llaman para que vaya á jugar con ellos, enseñándome juguetes de plata y de oro.

Después de haber dicho estas palabras, desapareció la visión.

El santo sacerdote, con quien la madre de Hanz había hecho su confesión, dijo á la pobre mujer:

—Habéis cometido una falta muy grande,

habéis profanado el pan cotidiano, el pan sacrosanto, el pan del buen Dios, el pan que Jesucristo en su última cena escogió para representar su cuerpo, y después de haber negado un pedazo de él á la pobre que se presentó á las puertas de vuestra casa, lo empleásteis todo en hacer unos zapatos para vuestro hijo . . . Necesario es abrir el ataúd, quitar los zapatos de pan de los pies del niño, y quemarlos en el fuego, que todo lo purifica.

Acompañado del sepulturero y de la madre de Hanz, el sacerdote se dirigió al cementerio.

En cuatro azadonazos quedó descubierto el ataúd, que fué abierto por la madre del niño.

Hanz estaba allí tal como su madre lo había colocado; pero su rostro tenía una expresión de dolor.

El santo sacerdote quitó delicadamente de los pies del muertito los zapatos de pan, y él mismo los quemó en la flama de un cirio, recitando á la vez una oración

Cuando llegó la noche, Hanz se apareció por última vez á su madre, pero feliz, alegre, sonrosado, con dos pequeños querubines que sonreían contentos á su nuevo amigo. Hanz tenía dos alas de luz radiosa y una aureola de diamantes.

—¡Oh, madre mía, exclamó el niño; qué alegría, qué felicidad, cuán hermosos son los jardines del Paraíso! . . . Allí se juega eternamente, y el buen Dios no regaña nunca!...

Al siguiente día, la madre volvió á ver á su querido Hanz, pero no en la tierra, sino en el cielo, porque, poco antes de media noche, ella murió, con la frente reclinada sobre la cuna vacía.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sacrificio y... recompensa.

(De Paul Junka.)

I.

Sergio Plantel despertó una mañana con el presentimiento de que algo grave iba á acontecerle en el día, y de súbito se vió asaltado por un recuerdo, no sin sentir un ligero estremecimiento.

Ese día, que apenas empezaba, se lo había fijado él irrevocablemente á sí mismo para hablar á Lucía Santenay, la joven y ya célebre escultora, cuyo talento se veía proclamado brillantemente por la medalla de honor que había obtenido en el último salón.

Desde hacía largo tiempo—varios meses—la amaba silenciosa y desesperadamente, como puede amar un hombre muy joven que, no teniendo otro prestigio que el de una considerable fortuna, se siente separado por un verdadero abismo moral, de una criatura experimentada al contacto de una vida llena de adversidades, y cuya notoriedad, muy raramente conquistada, es pariente cercana de la gloria.

Habíale siempre faltado el valor á Sergio